

Apareamiento y sexualidad humana.

Human Mating and Sexuality.

Héctor Gallo¹

Resumen.

El autor del artículo "apareamiento y sexualidad humana" recuerda la idea del psicoanálisis, en donde la noción de sujeto es diferente a la de individuo. Sujeto habitado por el lenguaje y desde esta mínima definición es posible verificar la importancia para la subjetividad humana de la imagen del propio cuerpo, formadores – la imagen y el cuerpo - del ser y el tener. Esta distinción ayuda a comprender que el sexo no es el funcionamiento de órganos determinados, sino, en opinión del autor, "de lo que significa para cada uno ser hombre o ser mujer". El sexo es el resultado de una ley-que prohíbe-, el deseo- en falta- y de la pulsión-que se satisface-. Con estas premisas y conceptos se ilustra la vida amorosa y erótica de hombres y mujeres contemporáneos.

Palabras clave: apareamiento, cuerpo, deseo, imagen, ley, ser, sujeto y sexualidad

Abstract.

The author of "Human Mating and Sexuality," recalls the idea of psychoanalysis, where the notion of subject is different from individual. Subject inhabited by language and from this minimal definition is possible to verify the importance to the human subjectivity of one's body

¹Doctor en Psicoanálisis, Universidad Autónoma de Madrid, Docente Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.

image, trainers - the image and body - of being and having. This distinction helps to understand that sex is not the functioning of certain organs, but, in the opinion of the author, "of what it means for everybody to be a man or a woman." Sex is the result of a law -which prohibits-, the desire -at fault- and the pulsion -which is satisfied. Erotic love and life of contemporary men and women are illustrated with these assumptions and concepts.

Key words: mating, body, desire, image, law, being, subject and sexuality.

Preámbulo

En el Pequeño Larousse, «apareamiento» denota acción y efecto de aparear, que quiere decir ajustar, unir, acoplar dos elementos formando uno, (De Toro & Gisbert, 1970). Así, por ejemplo, cuando se une una hembra con un macho se acoplan los órganos reproductores de cada uno y el proceso que se desata tiene que ver con los datos biológicos de la vida sexual de cada organismo.

El apareamiento es posible entre individualidades que se reproducen por vía sexuada, pero, no entre sujetos. "La individualidad está constituida al nivel del viviente, [...]" (Miller, 1999, p. 63), la subjetividad se constituye gracias al lenguaje. El animal tiene individualidad,

64

Citación del artículo: Gallo, H. (2010). Apareamiento y sexualidad humana. *Revista Psicoespacios*, Vol. 4, N. 4, pp. 63- 80. Disponible en <http://www.iue.edu.co/revistas/iue/index.php/Psicoespacios>

Recibido 1. 02. 2010
Arbitrado 17. 03.2010
Aprobado 20.04.2010

pero no tiene lenguaje y, por lo tanto, tampoco tiene subjetividad, pues con este término se define, desde el Psicoanálisis, aquello “que se produce en el individuo en tanto ser hablante” (Miller, p.64).

El sujeto no es, entonces, el individuo, sino aquello que se produce en éste como déficit. Si el individuo es asumido como cuerpo habitado por el lenguaje y se le atribuye “una sensibilidad a la palabra que indica la existencia de un vacío al que se llena de tal o cual sentido”, (Miller, p. 64). Entonces, tendrá un sujeto, que se puede identificar, no a un ser, sino a una falta de ser, posible de modificar en la historia y variable en cada uno.

1. Función de la imagen en la sexualidad

Después de la precisión realizada y con el objeto de introducirnos de lleno en el tema que nos convoca, cabe preguntarse: ¿la puesta en funcionamiento de la inmensa máquina sexual de qué depende? “¿Cuál es su desencadenante [...], tanto en los animales como en los humanos? (Lacan, 1981, p. 188)

De acuerdo con el psicoanalista francés Jacques Lacan, la máquina sexual no la pone en marcha “la realidad del compañero sexual, la particularidad de un individuo, sino [...] la

imagen" (Lacan, 1981, p.188). En el caso del animal, la imagen aparece conformada por caracteres hereditarios comunes a una determinada especie y sirve como señal construida que "pone en marcha los comportamientos de la reproducción" (Lacan, 1981, p.188). Sexualidad y reproducción están íntimamente ligadas en los animales y como las vías de descarga son innatas, puede decirse que todo cuanto suceda entre aquellos está ya escrito.

En el caso del ser humano, la imagen tiene la particularidad de no remitir a la puesta en marcha de los comportamientos de la reproducción, sino que, más bien, implica la posibilidad de asumir la forma del otro en su interior y de reconocerse como diferente. En cuanto a la sexualidad de la pareja, pocas cosas están escritas, porque las vías de descarga no son instintivas sino pulsionales. Las pulsiones sexuales más elementales del niño se comportan de manera anárquica, porque su relación con el objeto libidinal es diversa y no fija como sucede en el animal. La asunción jubilatoria de la imagen de sí mismo como diferente de la del semejante, da lugar en el niño a una aprehensión del cuerpo gracias a un movimiento de intercambio con el otro y permite la introducción de una relación "del adentro con el afuera por la cual el sujeto se sabe, se reconoce como cuerpo" (Lacan, 1981, p. 188).

Resumiendo, tanto para la individualidad animal como para la subjetividad humana, la imagen del propio cuerpo reviste gran importancia. Pero, mientras en el animal dicha imagen

pasa a organizar definitivamente el mundo que le será específico y se convierte en parte del conocimiento innato que conforma una guía para su vida, en el sujeto su encuentro con la imagen del otro queda inscrita como una experiencia imaginaria, “entre otras sobre las cuales puede ejercer el niño una actividad de control y de juego instrumental” (Lacan, 1981, p. 251). Reconocerse portador de un cuerpo gracias a la captura de la imagen del semejante, tiene en el ser humano una doble consecuencia: hacer ingresar el narcisismo propio de la imagen y dar lugar a pasiones del ser como el odio y el amor.

2. Ser y cuerpo

La pasión por la imagen da cuenta que, contrario a lo que sucede en los individuos animales, en los seres de lenguaje el engreimiento narcisista procede de un escollo insuperable y consiste en que la identificación entre el ser y el cuerpo es imposible. Dado que la imagen narcisista es el soporte de las identificaciones formadoras del ser del sujeto y el cuerpo pasa al ámbito del tener, la ilusión de unidad entre ser y tener se diluye. El ser pasa a ocupar el estatuto de lo que falta y el tener de aquello de lo que se dispone, pero que se puede perder.

Dado que ser y cuerpo no forman en lo humano una unidad, lo que se juega en un encuentro sexual entre sujetos queda por fuera de lo natural y entra en el campo de la negociación. La separación entre ser y cuerpo complica tanto la sexualidad humana, que la técnica plástica promete procedimientos que buscan hacer coincidir cuerpo real e imagen narcisista, por considerar que ésta sería una clave de la felicidad y el éxito.

El animal es un cuerpo orgánico a partir del cual se produce el conocimiento del mundo, siguiendo ciertas vías innatas de estructuración. Los humanos, aunque igualmente tienen organismo, cuentan además con un cuerpo imaginario y simbólico. El cuerpo-imagen es una construcción "mediante la cual el sujeto toma conciencia de su cuerpo como totalidad" (Lacan, 1981, p. 128), y el cuerpo simbólico es aquel que aparece sujetado a códigos sociales. Que se deba tener en cuenta lo real, lo imaginario y lo simbólico del cuerpo, cuando se habla de sexo o se decide un encuentro sexual, complica mucho el asunto del sexo en los humanos.

Si el sexo humano fuera equivalente a la "fusión de dos células germinales diferenciadas, que tienden a asegurar la reproducción, a prolongar la vida y a conferirle la apariencia de inmortalidad" (Miller, 2002, p. 20), hablar de sexualidad, informar, educar y orientar a quienes se supone ignorantes en la materia, por ejemplo, los niños y los adolescentes, sería algo tan sencillo que cualquiera lo podría hacer después de algunas horas

de capacitación y lectura de una enciclopedia de biología. Si la llamada educación sexual ha fracasado en materia preventiva, es porque se ha hecho a partir de un saber enciclopédico sobre los órganos reproductores, las enfermedades de transmisión sexual, los embarazos no deseados y los medios de protegerse. Este saber, en la medida en que no cuenta con la verdad íntima del ser sexual, sino con verdades biológicas, deja por fuera al sujeto y así no alcanza a recubrir lo que para cada uno tiene valor de enigma en cuestión de sexo.

Que en la actualidad se hable de sexo en radio y televisión, se eduque sobre él en escuelas y colegios mediante conferencias y talleres, se inventen aparatos para que cada quien se ayude, existan páginas de Internet y líneas calientes para su consumo, y diversas formas de satisfacción que no pasan por el coito, da cuenta que el asunto del sexo no depende de los órganos, sino de lo que significa para cada uno ser hombre o ser mujer.

Mientras la sexualidad como reproducción biológica "perpetúa una descendencia" (Miller, 2002, p. 20), el sexo hace perdurar formas diversas de satisfacción, porque la pulsión sexual no cuenta con un objeto específico. Es por esto, que cuando un padre de familia o un profesor explica a sus hijos o a sus alumnos, que el sexo tiene que ver con la reproducción y el engendramiento, queda como un tonto. Los adolescentes se han dado cuenta desde niños que el sexo es algo distinto a "la raza y el linaje [...]" (Lacan, 1992, p. 79).

3. Sexualidad, deseo y ley

El sexo se constituye, como tal, sólo a partir de la existencia de una ley que prohíbe. Aunque la naturaleza no sea sustancialmente distinta al sexo, es de esta referencia que los psicoanalistas lo separamos al relacionarlo con la ley, el deseo, la satisfacción temporal y el sufrimiento. Si el sexo fuera natural, no habría razón para constituirse en fuente de mortificación, de pregunta, de dificultad entre las parejas, causa de malos encuentros, de separaciones, asesinatos, violaciones, legislaciones para proteger a los niños del abuso sexual y de preocupación para la salud pública.

¿Quién encuentra la felicidad en el sexo? No la encuentran los cuerpos que se reúnen, sino un órgano llamado pene, órgano que tiene enorme significación tanto para hombres como para mujeres. El pene se vuelve especial entre los humanos, porque la satisfacción que se obtiene gracias a él, puede separarse de la satisfacción concernida "en el conjunto del campo constituido" por los demás aparatos sexuales.

Quienes tienen vida sexual se dan cuenta que la satisfacción del pene siempre es muy local, muy excepcional. Este hecho es particularmente chocante, por ejemplo, para las

feministas y las mujeres homosexuales decididas, porque ellas suelen oponerse abiertamente a este tipo de satisfacción fálica, debido a que suponen que quien disfruta en una relación heterosexual es solo el portador del órgano.

Es tan contundente el valor del pene en la vida sexual humana, que de la función de "tumescencia y detumescencia", depende en gran medida el comienzo y la duración de las relaciones sexuales entre seres de sexo contrario. Si la erección en un hombre a veces no es consistente y en ocasiones ni siquiera se produce, se irá configurando la sensación de verse disminuido en su ser viril. Esta disminución imaginaria suele conducir a construir una "barrera física y mental" entre él y las mujeres que le atraen, porque supone que no está en condiciones de ofrecerles lo que ellas esperan en el orden del goce.

El funcionamiento deficitario del órgano, cuando ya no hay manera de restarle importancia porque ha hecho quedar mal repetidamente a su portador, suele trasladarse a la subjetividad bajo la forma de preocupación y angustia anticipatoria de una imposibilidad. Sentirse atraído por una mujer opera como señal de angustia, porque de inmediato lo que invade la imaginación no es el placer de verse a su lado complaciéndola, sino causándole frustración y malestar.

El desenlace de la escena, entonces, no pasa por el orgullo de haber respondido a las expectativas de goce que le supone al Otro femenino, sino por la vergüenza y la disminución del narcisismo de su imagen. Hay quienes viven la fragilidad repetida de la erección como impotencia del ser y como una desgracia personal, una falta de dicha, fuente de tensión, miedo e inseguridad.

El escenario psíquico de impotencia anticipada que suele configurarse en quienes padecen disfunciones sexuales, no se reduce al sexo con el otro, pues los sujetos que se quejan de déficit en su erección, cuando asisten a un análisis pronto descubren que hace parte de una manera de relacionarse con las cosas que implican responsabilidad y puesta en operación de un deseo. Esto es lo que el síntoma de la falta de erección suele dejar al descubierto y es lo que no se supera con un medicamento de los que ofrece el mercado para que acelere la circulación de la corriente sanguínea.

Con respecto a la impotencia del ser, actualizada por la falta de potencia del órgano, un joven analizante me decía: “siempre me he conducido en la vida guiado por una ideología del no compromiso con las mujeres, pero ahora que me siento enamorado y que he pensado en comprometerme seriamente, me doy cuenta que todo ese cuento de no arriesgar la libertad, no era sino una manera de enmascarar la desesperación que me produce el hecho de temer no

ponerme a la altura de lo que se espera de mí. Como siempre me ha asistido una cierta cobardía con las mujeres, las he preferido efímeras y desconocidas, no he sido más que un coqueto que no tiene con qué”.

Mientras las mujeres ocuparon el rango de desconocidas con las cuales se puede pasar un instante sin amor, ni compromiso, sin palabra, ni deber de dar explicación ninguna, la angustia se mantuvo bajo control, porque si se funcionaba deficitariamente no había que rendir cuentas. Pero a partir del instante en que quiere conservar al menos una, aparece la ansiedad, la indignidad, las concesiones y el sacrificio por creer que se ha contraído una deuda que no cesa de ponerse en escena. El sujeto no se siente digno del amor y el respeto de su pareja. Cada posibilidad de encuentro es anulado, porque se anticipa la angustia de no responder, de no ser capaz de estar a la altura, de quedar expuesto, desnudado en su fragilidad e impotencia para hacer gozar, y así aumenta cada vez más la inhibición.

La relación del joven con la mujer que ahora lo desvela comenzó regida por su síntoma, es decir, como una amistad sin compromiso porque ella tenía pareja. Luego aparece el amor recíproco, pero como debido a su problema de erección no le puede ofrecer el goce que tendría la obligación de otorgarle, debe aceptar que ella encuentre parejas que si la hagan gozar, aunque no sean la compañía que quisiera cultivar. Entonces el uno deficitario la

acompaña, le ofrece amor, buen trato, atención y conversación, mientras que los otros se encargan de responder por el sexo.

Cuando un sujeto no logra afincar su amor por una mujer en el sexo, sino en la compañía, el resto que se impone a manera de mortificación es la vergüenza, precipitada porque el órgano no se pone a la altura del deseo que se experimenta. En aquellos casos en que a pesar de sus problemas de erección un hombre recibe el aval de una mujer para compartir el mismo espacio, es común que le toque hacer concesiones a no ser que se trate de una mujer abnegada. Una de las concesiones consiste en aceptar que quien sí responde con lo que le toca, tenga allí la puerta abierta para cumplir con la misión que se deja vacía. Este sacrificio de la exclusividad imposible por no tener con qué, suele tener subjetivamente el valor de una deuda de la que no se tiene derecho a la sustracción. A un sujeto frágil en cuanto al órgano, no le falta la erección porque se deprima, sino que se deprime porque no tiene con qué responder.

Carecer del soporte narcisista que implica ponerse a la altura de lo que se tiene, es tierra abonada para el cultivo de un imaginario en el que predomina la sentencia de no tener derecho al derecho, en este caso a reclamar la exclusividad sexual del ser amado. La disminución real e imaginaria del valor viril, implica un sentimiento de deuda con el otro, un fantasma de

humillación permanente, una degradación de la imagen de sí mismo y una serie de incertidumbres con respecto al ser sexual.

Para aquellos en quienes el órgano tiene significación preciosa, es más grave que no funcione a que no fecunde. En el primer caso, implica una mortificación del sujeto por no poder garantizarle la felicidad del goce al otro amado, en el segundo, es un síntoma de la pareja cuando quieren tener hijos. Cuando la imposibilidad de reproducción se vuelve síntoma de la pareja, la ciencia responde con distintos métodos artificiales y también existe la adopción. Pero, que una impotencia del ser se refleje en el órgano triste y en una actitud de vida atravesada por la cobardía moral, es algo que la ciencia no resuelve mediante sus medicamentos, porque tiene que ver con una enfermedad del deseo.

El privilegio que el órgano alcanza en términos de goce implica una localización, una subordinación de las relaciones sexuales que induce, tanto a hombres como a mujeres, a experimentar un sentimiento de frustración. Aunque tomen las cosas muy alegremente, ensayen formas diversas de alcanzar el goce, se construyan fantasías eróticas, vean películas pornográficas para ayudarse, practiquen técnicas para excitarse y retener el orgasmo y se inventen todos los artificios que suponen les ayudará a ser felices en el sexo, tarde o temprano descubrirán, sin remedio, que hay en el sexo algo que como seres humanos no les concierne.

4. Del deseo que no existe en el animal

La sensación de no ver en el sexo algo familiar, conocido, cercano, digerible y acomodado en el lugar que conviene, explica, por ejemplo, por qué los niños en cuestión de sexo preguntan constantemente sobre lo mismo, fabrican diversas fantasías y no quedan satisfechos con las respuestas que reciben de los adultos. Hay un deseo que brota desde muy temprana edad, que retorna en los adolescentes sin que sepan qué hacer; es un deseo que no depende de la sustancia viviente, sino de "las fuerzas que operan sobre ella" (Miller, 2002, p. 21). El deseo no tiene que ver con el desarrollo de los órganos, no es lo mismo que los anhelos, ni supone la existencia de dos seres que por su diferencia habrían de reunirse en relaciones sexuales que resultarían bastante simples.

El deseo no existe en los animales y por fortuna existe en los humanos, pero complica mucho su vida sexual, porque uno no desea lo que tiene sino lo que le falta. Si el cuerpo del ser humano se ubica en el registro del tener, entonces lo que se desea de él cuando se le ama no es su cuerpo sino su ser, que es precisamente eso que un enamorado ofrece a pesar de no tenerlo.

Como los animales no tienen un cuerpo, sino que son cuerpo, cuando se aproximan a otro cuerpo, en lugar de fascinarse por creer que han encontrado lo que les hacía falta, simplemente se aparean y luego cada uno sigue por su lado. En cambio, cuando un humano encuentra pareja y por fin cree haber alcanzado lo que tanto estaba buscando, experimenta un instante de fascinación y felicidad, se siente realizado, pero esto no dura indefinidamente, pues tarde o temprano empezará a querer otra cosa. Querer otra cosa distinta a la que se tiene, si bien es clave para la superación personal y el avance de la civilización, también es peligroso porque puede conducir a malograr lo que se ha conquistado con esfuerzo.

Si lo fundamental en cuestión de sexo es la carencia propia del deseo y no la felicidad ininterrumpida del buen encuentro para reproducir, nada garantiza que cuando se juntan dos seres resulte la armonía natural del sexo creado por Dios, en lugar del sufrimiento y la mortificación, porque las cosas no resultan como se esperaba.

Es por el deseo que la economía del sexo en los humanos es muy distinta a la economía sexual de los animales. Mientras los humanos suponen que es en el sexo donde se goza y por eso se ven empujados a abusar de éste desde temprana edad —los adolescentes de hoy son un ejemplo viviente de esto—; en los animales ocurre todo lo contrario porque allí la sexualidad sí es natural.

El animal tiene la posibilidad de moverse en una economía mínima, no necesita obtener demasiado goce, o sea, que en cuestión de sexo se queda sin averiguar absolutamente nada sobre los medios de obtener satisfacción, pues al no haber deseo en juego, se conduce de acuerdo con el saber ancestral del instinto. Con respecto al sexo de los animales, no hay enigma, porque todo cuanto suceda puede explicarse a partir del estudio de la sustancia viviente y de las células germinales.

Los humanos no sabemos nada sobre el sexo, de lo que sabemos es sobre los medios de goce que convienen supuestamente para ser felices. Es por esta ignorancia que nos caracteriza en materia de sexo, que sobreviven, por ejemplo, los sexólogos y todas aquellas técnicas mediante las cuales se hace creer que se posee el secreto del goce y que hay quienes lo venden a todos aquellos que se sientan excluidos de él. En esta vía, el sexo se aproxima más a la perversión que al amor, pues lo que un perverso esgrime y de lo que suele abusar cada vez que tiene la oportunidad, es del saber sobre el goce que conviene para hacer feliz a otro.

Lo que diferencia a una persona que se relaciona con el sexo, ajustándose a las limitaciones de la ley del deseo y del amor, de otra que sólo quiere gozar, es que la primera se conduce frente al sexo contando con el ser del otro, en cambio la segunda no. Es común que los hombres en las relaciones sexuales se presenten, en un alto porcentaje, como si fueran

portadores de un saber más depurado sobre el goce que las mujeres. Mientras que a ellos el órgano les permite localizar el goce de manera más precisa y si les funciona esto les procura adoptar socialmente el semblante de tener un saber hacer como hombres, a ellas la privación real, su constante confrontación con la nada, las deja en una mayor incertidumbre frente al sexo.

No faltan, por supuesto, los hombres jóvenes que buscan mujeres experimentadas, no propiamente para enamorarse de ellas, sino para que les enseñen lo que hay que hacer en cuestión de sexo. De igual manera, abundan las mujeres, independiente de su edad, que visitan al adivino o adivina en busca de una indicación acerca de cómo hacer parar retener al ser amado o, en su defecto, para encontrarlo. Las preguntas sobre el sexo siempre quedan por resolver, de ahí que una y otra vez, en los distintos tiempos, tanto los hombres como las mujeres vuelvan sobre las mismas incertidumbres en materia sexual y sobre la búsqueda del

Otro capaz de explicarles las técnicas necesarias para formar una pareja que se procure satisfacción recíproca y que esto sea duradero en el tiempo.

Referencias

- Lacan, J. (1981). *Los escritos técnicos de Freud, el seminario número 1*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (1992). *El reverso del psicoanálisis, el seminario número 17*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Miller, J.A. (1999). *Estructura, desarrollo e historia*. Bogotá: Ed. Gelbo.
- Miller, J.A. (2002). *Biología lacaniana y acontecimientos del cuerpo*. Buenos Aires: Colección Diva.
- De Toro & Gisbert (1970). *Diccionario Larousse*. Buenos Aires: Ed. Larousse.
- Zerda, Enrique –compilador (2010). *Bases biológicas del comportamiento animal y humano*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.